

## METÁFORAS ESPACIALES EN LA EXPLICACIÓN DE LA CONCIENCIA: ¿UNIDAD O MULTIPLICIDAD? Kant y Dennett, dos modelos enfrentados

---

**María Ayelén Sanchez**<sup>1</sup>  
U.N.S.

(...) las metáforas no son solo metáforas; las metáforas son herramientas de pensamiento. Nadie puede pensar sobre la conciencia sin ellas, de modo que es mejor equiparse con el mejor juego de herramientas posible. (Dennett, 1995:466)

### Introducción

Desde la perspectiva del sentido común, la concepción de la conciencia como un único flujo constante de estados internos, se presenta como evidente. La imagen de una pantalla en la que se suceden diversos contenidos audiovisuales, y frente a la cual somos espectadores de privilegio, pareciera ser la más adecuada a la hora de caracterizar nuestra mente consciente. Esta metáfora, denominada por Daniel Dennett bajo el rótulo del "teatro cartesiano", se encuentra presente no sólo en la psicología popular, sino en la mayoría de los desarrollos filosóficos, así como en el campo de las ciencias cognitivas. En el presente trabajo, desarrollaremos la crítica que realiza Dennett a esta idea, y presentaremos su modelo de las versiones múltiples, según el cual, la actividad consciente se procesa en paralelo, en diferentes espacios, y es por tanto, múltiple y discontinua. Frente a los conflictos que genera esta teoría al ser contrastada con los datos provenientes de la introspección, analizaremos los desarrollos de Kant en la Crítica de la Razón Pura, acerca de la multiplicidad de la conciencia en relación a la simplicidad del yo. A partir de estos elementos intentaremos responder el siguiente interrogante: ¿es el espacio de la conciencia uno, o múltiple?

### Daniel Dennett, desechando las viejas imágenes

Felipe de Brigard resume en las siguientes líneas lo que en psiquiatría se denomina el problema de la ligadura: "Soy, en una palabra, el dueño de una cantidad de experiencias. ¿Cómo hace el cerebro para ligar en una sola

---

<sup>1</sup> [ayelen\\_sanchez@hotmail.com](mailto:ayelen_sanchez@hotmail.com)

experiencia de un único objeto múltiples estímulos? Y, más aún, ¿cómo genera el cerebro la unidad de todas esas experiencias en un único flujo de conciencia que tiene un solo dueño: yo" (De Brigard, 2007:7). Sin embargo, los supuestos de los cuales parte este interrogante vienen siendo puestos en tela de juicio desde hace más de una década. En el ámbito filosófico, Daniel Dennett ha intentado mostrar como la idea según la cual la conciencia es un espacio unificado en constante flujo, no solo es falsa, sino que es un mal hábito de pensamiento que dificulta una verdadera comprensión de la misma. A fin de acabar con este mal hábito, es preciso sustituir la metáfora espacial que él denomina "el teatro cartesiano", y reemplazarla con una nueva imagen que nos permita representarnos la conciencia de un modo más adecuado.

#### *Crítica al teatro cartesiano*

Quando se rechaza al dualismo cartesiano, se tiene que rechazar el espectáculo que tendría lugar en el Teatro Cartesiano, así como la audiencia, porque ni el espectáculo ni la audiencia están en el cerebro, y el cerebro es el único objeto real donde podríamos buscarlos (Dennett, 1995:213).

La teoría de Descartes suele ser considerada como una de las primeras formulaciones filosóficas del dualismo mente-cuerpo. Habitualmente se hace hincapié en que, aunque en la actualidad nadie adhiere en forma manifiesta al cartesianismo, algunos de sus supuestos aún se encuentran presentes en muchas formulaciones teóricas acerca de la mente. Generalmente son las teorías dualistas las señaladas como herederas de estos prejuicios cartesianos. Dennett, sin embargo, va a mostrar como uno de estos prejuicios yace en el centro de la mayoría de las teorías materialistas. En éstas, el supuesto erróneo que es adoptado no atañe a la inmaterialidad de la mente, sino a la idea de que la conciencia es un espacio único y central, en el cual confluyen y depositan su contenido los distintos canales de información con los que cuenta el cerebro. Ésta idea es presentada por Dennett bajo la metáfora del teatro cartesiano. Descartes, al advertir que necesitaba una explicación que de cuenta de la interrelación existente entre la *res cogitans* y la *res extensa* para explicar la causalidad evidente que vinculaba a la mente con el cuerpo, decidió que el cerebro debía tener un centro: la glándula pineal, que sirviera de pórtico material para la mente consciente (Descartes, 1987).

Actualmente, aunque en el ámbito científico se sabe que en el cerebro no existe ningún centro unificador de la experiencia que pueda identificarse como el lugar en el que surge la conciencia, muchos filósofos aún sostienen esta idea de conciencia como un espacio central. Dennett califica a esta postura como “materialismo cartesiano”. Desmontar este prejuicio no es tarea fácil, ya que los motivos para conservarlo son, en apariencia, irresistibles. Una de estas razones más poderosas, proviene de nuestra evidencia introspectiva, según la cual “experimentamos” la experiencia consciente como una unidad, la cual nos permite trazar una frontera tajante entre lo que pertenece a nuestro mundo interior, y lo que constituye el mundo de afuera.

A fin de erradicar este modo de pensar la conciencia, Dennett va a proponer una nueva imagen, una nueva metáfora, caracterizada como “el modelo de las versiones múltiples”.

#### *El modelo de las versiones múltiples*

La idea básica del modelo de las versiones múltiples es que la actividad mental, en todas sus variedades, es procesada por el cerebro de modo paralelo, a través de diferentes vías que se encargan de interpretar y elaborar los estímulos sensoriales de entrada. No experimentamos de manera directa lo que ocurre en nuestros órganos perceptivos, sino que el material que estos suministran es sometido a varios procesos de “edición”, por medio de los cuales se llevan a cabo diversos añadidos, recortes, y “sobreescrituras”. Una vez que una porción del cerebro ha modificado esta información de entrada, no debe enviarla a una zona de procesamiento central para que se vuelva consciente, todo este material no debe ser presentado en una escena central en beneficio de un espectador, ya que este no existe. Estos procesos de interpretación de las distintas zonas del cerebro, no son condiciones suficientes para que estos contenidos se hagan conscientes, inclusive carece de sentido preguntarse por el momento en que esto ocurre. En definitiva, la experiencia consciente no tiene lugar con independencia de los efectos que producen los distintos vehículos de contenido sobre la conducta subsiguiente, (verbal o no verbal), y sobre la memoria.

#### *El yo*

Con el derrumbe del teatro cartesiano Dennett no solo pretendió realizar un desmontaje del escenario, sino que también dio fin a la necesidad de postular un espectador a favor de quien el espectáculo deba llevarse a cabo. De este modo, a la idea de que existe un flujo único de conciencia conformando lo que sería un

"sujeto", éste autor opone la imagen del *pandemonium*, es decir, aquella que presenta a la actividad mental como el producto de las acciones de múltiples agentes que compiten y cooperan entre sí, por canales paralelos, con el objetivo de instaurar su dominio. El modelo original para este tipo de procesos es el de la arquitectura en *pandemonium* de la inteligencia artificial propuesto por Oliver Selfridge (Selfridge, 1959), en el que muchos demonios compiten por la hegemonía en paralelo.

Pero el problema que aún persiste es el de cuál es el fundamento de nuestra creencia en el yo. De entrada Dennett va a descartar categóricamente la idea de que exista una entidad en nuestro cerebro, diferente del mismo, que posea el control de nuestras acciones, y sea el autor intencional de nuestros actos de habla y de nuestros pensamientos. Esta postura constituye o bien "*una idiotez empírica, o una estupidez metafísica*" (Dennett, 1995:424). Por el contrario, caracteriza al yo como el "centro de gravedad narrativa".

Evidentemente, antes de que existiese el lenguaje, no existían seres en el mundo que fueran un "yo". Sin embargo, muchos de ellos tuvieron la necesidad de diferenciarse como organismos de su medio ambiente para protegerse. Puede considerarse, entonces, que eran "portadores" de un yo biológico. Pero tuvieron que pasar miles de años para que surja, en el cerebro del Homo Sapiens, la construcción más extraña y compleja de todo el mundo natural: el yo humano. En palabras de Dennett: "Todo individuo normal de esta especie construye un yo. A partir de su cerebro teje una tela de palabras y de actos, y, como las demás criaturas, no tiene que saber qué está haciendo; sólo lo hace" (Dennett, 1995:448).

A partir de la asimilación de la identidad humana a la identidad animal, las diferencias que restan por señalar parecen ser solo de grado. Según Dennett, éstas radican en el lenguaje y la necesidad de auto-representación que poseemos los hombres. El medio social en el cual vivimos nos demanda casi constantemente presentarnos a los demás, y a nosotros mismos, por medio del lenguaje. Nos movemos en un medio de palabras, "poderosos elementos de nuestro entorno que incorporamos fácilmente, ingiriéndolas y excretándolas, tejiéndolas como telas de araña hasta construir secuencias de narraciones auto-protectoras" (Dennett, 1995:428) La táctica que adoptamos de autocontrol y autodefinición consiste en contar historias, a nosotros mismos, y a los demás, sobre quienes somos. Sin embargo no hay un yo que construya estas narraciones de manera

planificada, sino que, por el contrario, son estas narraciones las que construyen un yo. Lo que llamamos "autoconciencia" es el producto de estos relatos, no su origen.

El efecto que tienen estas secuencias narrativas sobre una audiencia es el de inducir el postulado de que existe un "agente" único que es el autor de tales palabras, es decir, un centro de gravedad narrativa. Este principio representa una gran ventaja en la economía de las relaciones humanas, pero no por eso debe adjudicársele un sustrato metafísico semejante a la unidad de un yo.

### **Kant, la unidad necesaria de la experiencia**

En la *Crítica de la Razón pura*, Kant se ocupó de resolver la cuestión acerca de si la conciencia es un espacio simple o múltiple. Aquí analizaremos su respuesta, remitiéndonos al segundo paralogismo de la razón pura, el paralogismo de la simplicidad (Kant, 1978:335-340 A), en el cual va a mostrar como la continuidad de la conciencia es una condición subjetiva necesaria de nuestro pensar.

El razonamiento que da lugar al segundo paralogismo de la simplicidad se presenta como sigue:

1. Una cosa cuya acción nunca puede ser considerada como la concurrencia de varios agentes, es simple.
2. El alma, o yo pensante es de esta índole.
3. Por lo tanto, el yo, en cuanto ser pensante, o alma, es simple.

Este paralogismo pretende mostrar que un efecto puede ser el resultado de la concurrencia de muchas sustancias, si tal efecto es solo exterior. Los pensamientos, en tanto accidentes internos de un ser pensante, no pueden ser efectos de una sustancia compuesta. Suponiendo que el compuesto pensara, cada parte del mismo incluiría una parte del pensamiento, y solo todas las partes en conjunto nos darían el pensamiento entero. Pero esto es contradictorio, ya que las representaciones distribuidas entre distintos seres nunca constituyen un pensamiento completo, el pensamiento no puede ser inherente a un compuesto. Así, el pensamiento solo es posible en una sustancia absolutamente simple.

La proposición en la que se basa este razonamiento, según la cual, un pensamiento solo puede ser efecto de la absoluta unidad del ser pensante, no es analítica, ni puede ser conocida a priori partiendo simplemente de conceptos. La unidad del pensamiento consta de muchas representaciones y por lo tanto es colectiva, de modo que puede referirse tanto a la unidad colectiva de sustancias

que operen conjuntamente, como a la unidad absoluta del sujeto. No hay necesidad de suponer una sustancia simple como sustrato de un pensamiento compuesto. Tampoco puede considerarse como empírica semejante proposición, ya que la experiencia no nos da a conocer ningún tipo de necesidad. Además, Kant señala que el concepto de unidad absoluta rebasa ampliamente su esfera.

Entonces, ¿por qué creemos en la simplicidad del yo? A diferencia de lo que ocurre con cualquier otra investigación, si queremos representarnos un ser pensante debemos situarnos en el lugar del mismo, y por lo tanto sustituir el propio sujeto por el objeto que se pretendía considerar. Si exigimos la absoluta unidad del sujeto en relación con un pensamiento, ello se debe a que sino no podríamos decir “yo pienso-la-variedad-contenida-en-una-representación”. Esa es otra particularidad a la hora de investigar las cuestiones relativas a la subjetividad: aunque el todo del pensamiento pueda dividirse y distribuirse entre varios sujetos, con el yo subjetivo no puede realizarse esto. Este es el yo que suponemos en todo pensamiento.

Otra de las razones que nos inducen a creer en la simplicidad del yo, es la que tiene como fundamento la distinción entre alma y cuerpo. El yo, a diferencia de los cuerpos que se encuentran en el espacio y son objetos de nuestro sentido externo, solo es sujeto del sentido interno, y por eso es considerado como no corpóreo. Por eso entre los fenómenos nunca se nos pueden presentar objetos pensantes en cuanto tales, no podemos intuir externamente sus pensamientos, ya que estos solo se presentan bajo la forma del sentido interno. Por esta razón, al no ocupar el alma un lugar en el espacio, no es divisible, y es considerada como absolutamente simple.

#### *La simplicidad lógica y la simplicidad real*

Kant va a intentar fundamentar como la simplicidad de conciencia no constituye un conocimiento de la simplicidad de nuestro sujeto, si es que pretendemos con la nota de simpleza diferenciar a este último de la materia. La simplicidad de mi ser en cuanto alma, no es realmente inferida de la proposición “yo pienso”, sino que la proposición “soy simple” es la inmediata expresión de la apercepción. “soy simple” significa que la representación yo no incluye en sí variedad alguna, y que es unidad absoluta en tanto que unidad lógica. El yo solo designa al sujeto trascendental, que es sujeto de inherencia de todos nuestros pensamientos. Pero de él no podemos conocer ninguna propiedad, más allá de su simplicidad lógica. Por medio del yo concibo una constante unidad absoluta, de

carácter lógico, del sujeto, pero a partir de esto no conozco la simplicidad real de mi sujeto.

*Las consideraciones kantianas sobre el teatro humeano*

Al igual que Descartes, Hume también concibió a la conciencia de un modo teatral, inclusive lo hizo de manera explícita. Esto se pone de manifiesto en el siguiente pasaje del *Tratado sobre la naturaleza humana*:

El espíritu es una especie de teatro donde varias percepciones aparecen sucesivamente, pasan, vuelven a pasar, se deslizan y se mezclan en una infinita variedad de posturas y situaciones. Propiamente hablando no existe simplicidad en ellas en un momento, ni identidad en diferentes, aunque podamos sentir a tendencia natural a imaginarnos esta simplicidad e identidad. (Hume, 2005:191)

La crítica a la representación del yo realizada por Hume, muestra que no hay impresión constante e invariable que de lugar a esta idea. Esto se puede experimentar por medio de la propia introspección, por la cual siempre nos encontramos con algún estado particular, así sea una sensación, un pensamiento, o un sentimiento. Nunca podemos tener la impresión de algo simple y continuo que haga referencia a este yo. Entonces formula la pregunta crucial, acerca de cuál es el motivo que nos induce a atribuirle un sustrato común, simple e invariable, a este curso continuo de diversos estados. Su respuesta va a consistir en que la noción de identidad personal tiene su origen en el progreso suave e ininterrumpido del pensamiento a lo largo de la serie de ideas enlazadas, regulado fundamentalmente por las leyes de semejanza, y causalidad<sup>2</sup>.

Kant, por su parte, va a defender la identidad del yo, frente al escepticismo humeano. Podemos resumir esta situación estableciendo que, si bien Kant concuerda con Hume en su crítica, va a rechazar la idea de que si no se puede demostrar que existe un sujeto sustancial hay que eliminar toda y cualquier alusión a un sujeto idéntico. Lo que va a hacer Kant es redefinir la identidad numérica del sujeto en términos lógicos y no sustancialistas. Este cambio de perspectiva se desarrolla a partir del hecho de que tenemos percepciones sensibles, en sus propios términos, poseemos una multiplicidad de representaciones dadas en la intuición. Ahora bien, como percepción de algo dado, la intuición es siempre la intuición de un "objeto". Pero el objeto no es en la

---

<sup>2</sup> Un aspecto interesante de la teoría gnoseológica de Hume, y que marca un antecedente con respecto a los desarrollos kantianos posteriores, es el del establecimiento de ciertas leyes que regulan la formación de ideas complejas a partir de las simples. Estas leyes responden a los principios de semejanza, causalidad, y contigüidad temporo-espacial.

teoría kantiana algo dado, exterior al sujeto, causante de sus afecciones sensibles. El objeto es una construcción misma del propio sujeto, operada por la conexión y el enlace de la multiplicidad dada. Este es un acto espontáneo de síntesis, unánime, y unitario, ya que produce la unidad en lo múltiple. El enlace, dice Kant, “es la representación de la unidad sintética de lo múltiple” (Kant, 1978:131 B). A partir de aquí, define a la representación del yo como una unidad más original, que es condición de posibilidad de toda síntesis, y es denominada *apercepción trascendental*. Esta constituye el fundamento trascendental de la unidad de la conciencia en la síntesis de lo múltiple de nuestras intuiciones. Es importante distinguir a la *apercepción trascendental* de la *apercepción empírica*, que es la conciencia interna de nuestros estados mentales y es por ello mutable y dispersa. Es esta unidad originaria de la autoconciencia, que es la *apercepción trascendental*, la que debemos representar necesariamente como un yo numéricamente idéntico, y simple.

A partir de esto Kant va a mostrar cómo, el ser consciente de que poseo representaciones, hecho del cual parte Hume, supone necesariamente la identidad numérica de mi yo. Dicho en pocas palabras, para que yo tenga percepciones, de tal modo que *sepa* que las tengo, es preciso que yo efectivamente las piense, que yo las piense como *mis* representaciones. Y esto presupone que yo soy un yo constante e invariable que piensa representaciones.

### **Consideraciones finales**

Daniel Dennett sostiene que “(...) una de las características más sorprendentes de la conciencia es su discontinuidad, dada su aparente continuidad” (Dennett, 1995:367). Entre sus sentencias más polémicas encontramos aquella que afirma que no somos sujetos que poseemos la última palabra cuando de nuestras mentes se trata, sino que estamos radicalmente equivocados acerca de nuestra conciencia. Kant, por su parte, niega la posibilidad de que pueda haber errores en nuestra percepción, sino que éstos aparecen solo en el juicio, es decir, en la relación del objeto con nuestro entendimiento: “en efecto, ni la verdad ni la ilusión se hallan en el objeto en cuanto intuido, sino en el juicio sobre este en cuanto pensado. Es pues, correcto decir que los sentidos no se equivocan, pero no porque juzguen correctamente, sino porque no juzgan en absoluto” (Kant, 1978:297). Por lo tanto, el problema está en confundir el plano de nuestra



fenomenología, con el que atañe a nuestro sujeto nouménico, y pretender que las afirmaciones hechas en la primera esfera, sean válidas también para esta última.

Los interrogantes iniciales siguen entonces en pié: ¿es posible que estemos equivocados acerca del modo en que transcurre nuestra vida interior?, ¿estamos acaso bajo el poder de una imagen tan sugestiva como es la del teatro cartesiano?, y si decidimos dar crédito a nuestra fenomenología, ¿Cómo podemos conciliar el hecho de que experimentemos el espacio de nuestra conciencia como único, mientras que las neurociencias han mostrado que no existe un lugar en el cerebro donde se reúna toda la información que ha de ser experimentada?

Es evidente que aún nos resta escoger una buena metáfora espacial para pensar la mente. Ésta no es una tarea menor, ya que compartimos la concepción de Dennett según la cual las metáforas no son “solo” metáforas. Podemos entonces admitir que tal vez el teatro cartesiano no sea la mejor manera de representarnos nuestra vida consciente, (ya que nos enfrenta al problema de quién o qué constituiría el sujeto espectador del mismo). Pero no por esto nos vemos obligados a aceptar que el modelo de las versiones múltiples agota la representación de lo mental. A continuación, presentaremos una de las imágenes que ofrece Kant para pensar la unidad-multiplicidad de la conciencia, una clara ilustración acerca de cómo pueden conciliarse estos dos aspectos:

Una bola elástica que choca con otra igual y que se mueve en la misma línea recta, le comunica todo su movimiento y, consiguientemente, todo su estado. Supongamos ahora, por analogía con esos cuerpos, unas sustancias de las que una comunica sus representaciones y la conciencia de éstas a la otra. Surgiría así una serie de sustancias, la primera de las cuales transmitiría su estado y la conciencia de éste a la segunda (...) La última sustancia sería, pues, consciente de todos los estados de todas las sustancias previamente cambiadas como de estados propios, ya que tales estados, juntamente con la conciencia de los mismos, le habrían sido transmitidos. A pesar de ello, esta última sustancia no habría sido la misma persona en todos esos estados, (Kant, 1978: 342 A).

Consideramos esta analogía kantiana como una excelente herramienta para ilustrar nuestra postura. En primer lugar, es preciso destacar que cuando hablamos de “mente”, o de “conciencia”, estamos mentando significados diferentes que cuando hablamos de “cerebro”, o de los aspectos funcionales del mismo. En principio puede discutirse si acaso estos términos comparten la misma referencia, pero, sin lugar a dudas, sus sentidos no son los mismos. El concepto de “conciencia” habitualmente está asociado a la experiencia subjetiva de la actividad mental, mientras que cuando hablamos de lo cerebral, o de estructuras

cognitivas, no necesariamente implicamos este matiz, sino que pretendemos referirnos a la base causal o explicativa de la mente, observable de manera objetiva. La analogía construida a partir de las esferas elásticas pone de manifiesto con claridad estos niveles.

Aclarado este punto, hay que señalar que solo el cerebro está en el espacio, por lo tanto, al hablar de la espacialidad de la mente solo lo hacemos de un modo analógico. Lo mental, en el sentido fenoménico esbozado anteriormente, transcurre únicamente en el tiempo, y en tanto comporta la experiencia subjetiva de un solo individuo, que es, por necesidad, estructuralmente uno, lo hace de manera sucesiva y nunca en paralelo.

Podemos entonces sostener que la conciencia, en sentido estricto, es una, mientras que la actividad cerebral bien puede ser múltiple. La objeción que expresa que esta unidad bien puede ser una ilusión, es insostenible. La distinción entre apariencia y realidad tiene lugar frente a todos los fenómenos del mundo, excepto frente a la conciencia, ya que su ser no es más que su aparecer.

## **REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**

DE BRIGARD, F. (Forthcoming), "El problema de la conciencia en filosofía de la mente", en BOTERO, J.J. (ed.), *Filosofía y Psiquiatría*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

DENNETT, C.D., *Conciencia explicada*, Barcelona, Paidós, 1995.

HUME, D., *Tratado de la naturaleza humana*, Madrid, Tecnos, 2005.

KANT, I., *Crítica de la razón pura*, Madrid, Alfaguara, 1978.